

ÁRBOLES EN LA ARENA

Quiero expresar, antes que el olvido, o lo inevitable, disgregue el cúmulo de mis recuerdos el capítulo más estimable de mi vida americana, la experiencia que dio lugar a la creación de un pequeño parque en La Guajira colombiana, a orillas del Caribe.

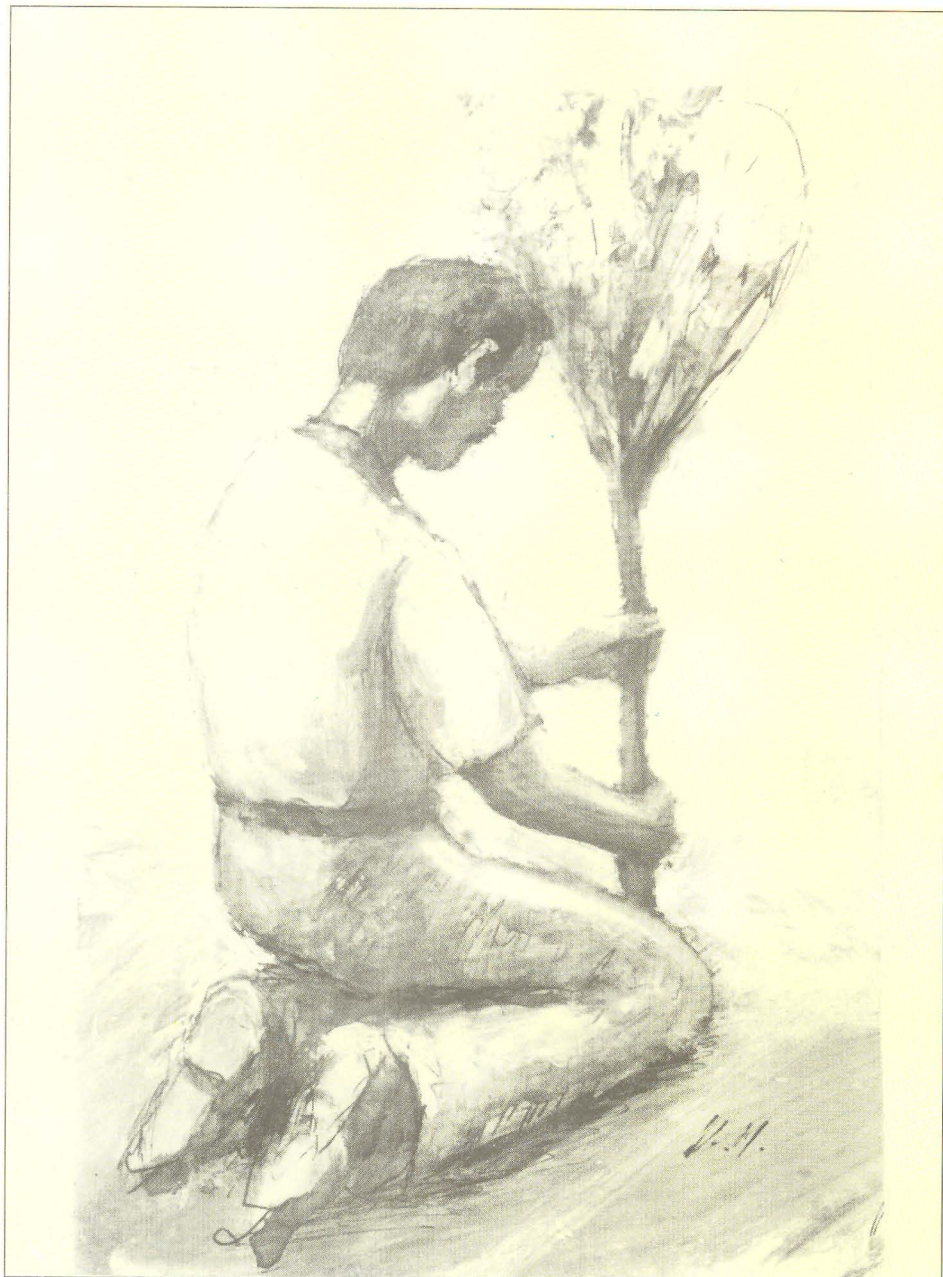
Corresponde al término de mi etapa de navegante en Colombia, donde permanecí más de ocho años, los tres últimos en viajes a la costa del sol ardiente y suave brisa, La Guajira, que alguien hiciera centenaria de soledad⁽¹⁾ donde los cardones y trupillos alternan la ocupación de la tierra del indio guayú. De ello hace muchos años y tengo al evocarlo un sentimiento agrídulce un tanto distinto de las emociones dispersas de un período ante-

rior que no llegó a pertenecerme. Eran otras las condiciones y costumbres del país, pues no había hecho presencia los males de la coca y el narcotráfico, agravando viejos problemas. Oleada de impresiones sugeridoras y remotas de Dibuya, Riohacha (capital de La Guajira, entonces intendencia del nuevo departamento) Manaure, El Cardón y Cabo de la Vela, orillando la costa clara de Paraguaná hasta los límites con Venezuela. En una época anterior, ante las rancharías de Manaure y sus extensas salinas, productoras de la mayor cantidad de sal marina del país. Fondeados en las remansadas aguas de esta zona, a una milla de la costa, las estadías transcurrían tranquilas, siendo raramente interrumpidas las labores de estiba, realizadas exclusivamente

por los nativos, por un recrudescimiento de la virazón. Pintoresca estampa de la mar llena de guños de oro y las salinas y playa que cegaban de tanta luz. Posteriormente, hasta mi marcha del país, período de este relato, comandando una barcaza en viajes de transporte de yeso de esta región de la costa colombiana a Barranquilla, en la ribera del Magdalena.

Una vez por semana hacía rumbo desde Bocas de Ceniza, desembocadura del Magdalena, en viaje desde la capital del departamento del Atlántico al cabo de la Aguja. Tras dejar la bonita estampa de Santa Marta, antigua y evocadora, capital del Magdalena, que "tiene tren y no tiene tranvía", según la popular canción, se avistaban espectaculares y adustas las escarpas de esta avanzada de la costa, con breves ensenadas de aguas azules y profundas, muy en lo alto, la Sierra Nevada de Santa Marta, distante e insólita como una visión nórdica plasmada en el Caribe cuya altura en los días diáfanos permitía avistarla desde la misma Guajira. Dibuya, Riohacha y Manaure quedaban muy adentro, invisibles, pues en los recorridos que hacía normalmente eran las inmediaciones de Carrizal, lugar que protagoniza este relato, donde verificaba las recaladas.

Los perfiles de la costa, llana y poco diferenciada, me eran perfectamente conocidos, procediendo con plena seguridad en demanda de sus fondos de suave declive y precisos accidentes hidrográficos, que hacían sus aguas limpias y acogedoras pese a la presencia del tiburón. Antes tendría que librar el encuentro de las redes para la captura de la tortuga, que depositan los indios a 6 u 8 millas de la orilla, casi siempre a la altura de Manaure. Mis apreciaciones las verificaba sin avistar la costa, que se presentaba como una línea clara u oscura en la lejanía, entre distintos azules y por el peculiar aroma de pastos maduros, denso de emanaciones exóticas, que la anunciaba a distancia, especialmente el terral de la madrugada. Al amanecer se hacía presente, esfumado por la calina, el significativo monte de "Teta Guajira", situado tierra adentro, recortando la activa marcha del "Riohacha", que se desplazaba con poca carga, generalmente víveres y agua para los indios. Confirmaba la profundidad, que se reducía suavemente, de unas cuatro o cinco brazas, la aparición de las agujas sorprendidas, que iniciaban su cómica carrera en la superficie llana y tersa, recorriendo hasta doscientos metros tendidas con saltos de panza o erguidas impulsadas con la cola. Curioso fenóme-



no que no he podido apreciar en otra parte pero del que me han hablado algunos marinos respecto a la costa antillana.

Carrizal, entre Manaure y Cabo de la Vela, forma una leve herradura de arena blanca, apenas guarecida del Ne., ocupada aquel entonces por media docena de casas, entre las que destacaban la escuela, una pequeña ermita y la principal vivienda, un tanto hacia el interior, de Basilio Lindao, propietario o concesionario de la explotación de yeso de la zona, indudable cacique de los indios, con los que emparentaba. Cuatro o cinco blancos vivían en este pequeño poblado dependiente de un simple puesto del resguardo nacional. A la escuela, atendida por una maestra, raramente asistía media docena de niños, disponiendo la ermita de una imagen de la Virgen del Carmen y los adminículos para los oficios que se realizaban una vez por semana. Toda la actividad del pequeño poblado y de las rancherías que periódicamente se montaban y desaparecían, resultaba a expensas de la explotación del yeso y los pequeños comercios dedicados casi exclusivamente a la venta de artículos de contrabando. Tres días permanecía fondeado el "Riohacha" a media milla de la playa, supeditado a la lenta labor de estiba del yeso, cuyo embarque se realizaba desde planchones.

Después de algo más de dos años dedicado a estos viajes, conocía un tanto al guajiro (durante algún tiempo el cocinero del barco fue un mestizo de guayú, sirviéndome de intérprete) y la repetida escena de los indios transportando el yeso ensacado a la playa, donde era embarcado en los planchones, se me había hecho habitual. En muchas ocasiones me mezclaba a los grupos dedicados a las faenas de extracción o las propias de sus mantenimiento, a la sombra de los trupillos que sustentaban ranchos y chinchorros. Era frecuente ver, al lado del simple lecho de malla, un molinillo de carne asido a una estaca o vara, símbolo de la frugal alimentación del nativo, constituida en su mayor parte por un poco de arroz, maíz molturado o chicha y, escasamente, de pescado. La animada escena de jaguey, pequeña laguna o charca de agua acumulada en la época de lluvia, avistada primeramente en Manaure, no podía resultar más pintoresca a pleno sol, con despliegue de las indias ataviadas con amplias vestiduras en un ambiente de cháchara y risas contenidas. En el jaguey se bañan los indios y los cerdos, lavan la ropa las indias, consumiendo por igual el agua nativos y ganado. Me resultaba habitual la figura del indio, de mediana estatura, pacífico y sufrido en un ambiente carente de la debida protección. Orfandad del indio, cuya mayor gala consiste en una camisa o guayabera y un sombrero de ala ancha. Un taparrabos cubría el resto de su

humanidad, permaneciendo la mayoría descalzo.

La orfandad del nativo, carente de recursos y asistencia sanitaria, me lo hacía acreedor a cuantas atenciones o ayuda pudiera prestarle, llevando en el botiquín algunos medicamentos y el material de cura más generalizado, desdichadamente casi siempre incompleto. Por bastante tiempo fueron eficaces los antibióticos, especialmente en las infecciones intestinales infantiles, siendo casi diaria la prestación de pequeñas curas ante accidentes leves, rasguños, etc., que se provocaban los nativos para la aplicación de "tiritas" de distintos colores, llevados de su atracción por lo decorativo. Tengo presente, y no podría olvidarla, la asistencia realizada a una india herida profundamente en un parietal, en otro lugar llamado Cardón, efectuada una noche bajo un matorral, a la luz de una linterna, rodeado por todos los indios del sector. Estoy seguro, dado el grado de contaminación por el polvo del ganado, que mi asistencia evitó la muerte por tétanos de la nati-

va. Esto debo expresarlo, omitiendo circunstancias de interés, que alargarían el relato, porque es muy probable no hubiera podido hacerlo de haber acaecido lo contrario. Hubiese tenido que pagar con la propia vida de la guayú, de acuerdo con la ley guajira.

En Carrizal, en la época que toma significación el relato, las mañanas eran claras, que diluían en suaves malvas la lejanía de los cerritos del Carpintero y los Remedios, montes significativos de la zona, y las tardes de tersos azules y brillantes cúmulos que me recordaban la costa levantina. Predisposición de momentos propicios y condiciones favorables de tiempo, que hacían posible la idea o propósito de realizar algo de interés en beneficio del lugar. Surgió entonces la idea de un parque, que me pareció factible desde el primer momento, con la feliz comunión de poder realizar una vieja y sentida aspiración, de plantar uno o varios árboles. Todo consistió en contar con la conformidad de los vecinos, encabezados por Basilio, y proceder como



presidente de un patronato constituido a este fin. Asumidas todas las funciones personalmente, era posible hacer realidad el proyecto, aunque todo había que traerlo de Barranquilla. Disponía, como baza importante, del barco y de los medios propios contando posiblemente con el material que pudiera necesitar. Los muchachos (la tripulación), prestó su conformidad en colaborar de buena voluntad.

Dada oportuna noticia del proyecto, a la mañana siguiente de la decisión, elegía ante los representantes del poblado, con Basilio, el terreno adecuado para el futuro parque, ampliamente contenido entre la escuela y la ermita, por su parte inferior, y por la caseta del resguardo como lindero de la marina. Cien pasos de largo por unos sesenta de ancho, aproximadamente, marcados sobre la superficie arenosa, cubierta en gran parte de "salados" y otras plantas desérticas que habría que cambiar por buena tierra roja del interior para la nueva vida vegetal. Con cuatro estacas y algunas piedras alineadas quedó marcado el "Parque de Carrizal", con el que fue denominado desde el primer momento.

El parque estaría constituido por unos parterres distribuidos simétricamente a lo largo y ancho del terreno marcado, con cuatro entradas, repartiendo ocho bancos de granito gris, que sufragarían firmas representativas y algunos particulares interesados. En el centro, sobre plataforma octogonal escalonada, se elevaría un obelisco de seis a siete metros de altura, coronado por una veleta. Ésta mostraría la silueta de un pelícano, el ave más abundante del lugar, en la cómica actitud que suelen tomar en tierra.

En la construcción del parque median circunstancias y logros del mayor interés, surgidos sin la menor previsión, que tras la innegable perspectiva del tiempo y la distancia, me resultan significativos y dignos de mención. La Cuty, nativa influyente, dueña de la mejor tienda, quedó en posesión del plano, en color, del parque, iniciándose las obras en la siguiente estadía con el cambio de tierra de los correspondientes hoyos, labor para la que Basilio aportó los camiones, y los indios necesarios, que tomaron todo ello como una fiesta. En dos etapas o estadías, fueron plantados unas dos docenas de árboles, pinos y robles del vivero municipal de Barranquilla, y una decena de "matarratones", especie arbórea de intenso verde, cuyas ramas fueron cortadas en los inmediaciones de nuestro atraque en la ribera del Magdalena. Este árbol creció rápidamente pero fue un inconveniente constituyera sus hojas un remedio para algunas afecciones de los indios, lo que mermó considerablemente su desarrollo. Los árboles plantados requirieron desde el primer momento atenciones y vigilan-

cia, pues hubo necesidad de defenderlos de las incursiones de los cerdos y las cabras, incansables merodeadores del litoral, y posteriormente de los efectos de la inmediata temporada de brisa, que durante tres meses impulsa nubes de arena, hostigadoras de toda condición de vida. Todo ello fue posible con los corralitos y defensas confeccionados a bordo con elementos de estiba y enjaretados estropeados, contando para lo último con una amplia reserva de bolsas de arpillera.

Fue un acierto asignar cada arbolito a cada una de las vecinas del lugar, jóvenes indias y mestizas en su mayoría. El mejor ejemplar, reservado como madrina, quedó para Cuty, tomando así interés en su conservación. Se habían destinado dos bidones de agua, convenientemente marcados, para el parque, que se renovarían cada viaje. Todo el material empleado fue transportado desde Barranquilla, cuya base la constituyó un lote de 2.000 ladrillos de barro cocido, extraído de los caños del Magdalena. Con ellos se elevó el motivo central del parque, el obelisco y su base consiguiendo posteriormente Basilio cuatro postes de alumbrado, traídos de Maracaibo, que dispondrían de la energía de la planta del resguardo. Los bancos se construyeron en la fábrica barranquillera de la que era copropietario el paisano y amigo, Marcos Hormiga, hijo de Fuerteventura, entonces presidente del Club "Unión Española" de Barranquilla. En todas las labores tomó parte la tripulación del "Riohacha" con desinterés y buena voluntad, con muchas horas que no iban a ser compensadas económicamente. Un aspecto de la colaboración era los árboles del vivero, conseguidos por gestión del contraamaestre, siendo los silvestres aportados por un marinero que había abandonado poco tiempo antes el machete de campesino.

Con motivo de la festividad que se celebra en el lugar, a principios de otoño, tuve una insospechada colaboración: la primera cuestación en beneficio del parque, que consistió en un recargo a los asistentes de los bailes organizados en la escuela, quedando establecido para las fiestas o reuniones futuras con el mismo fin. Había encontrado el mejor eco por parte de la población, que hacía patente su solidaridad y ayuda al proyecto, superando mi solitaria iniciativa. El particular me hizo considerar casos similares surgidos aisladamente en apartados lugares del país, sumidos en el olvido o abandono; no eran raras las acciones comunales impulsadas por la necesidad. Viene al caso mencionar, aunque con otro carácter, los Cuerpos de Paz creados por el Presidente Kennedy, de verdadera acción comunal y altruista, en ayuda de la población aborígen, recordando algunos miembros, jóvenes en su mayoría, en el país y Panamá, verdaderos misioneros.

Decidido el retorno a las islas, un mediodía gris de marzo, época en que las brisas debilitan su acción, seca y fresca, que constituye el verano en esta zona del Caribe, me despedí de los vecinos del Carrizal y del pequeño parque, en pleno desarrollo, que contaba con la mayor parte de sus elementos principales. Como término de mis actividades al respecto, había depositado en dependencia de la compañía en el viaje anterior, la silueta del pelícano recortada en cartón, cuya réplica en lámina metálica coronaría, como veleta, el obelisco. Había realizado un simbólico recorrido por la costa, en la motora de la compañía, demorando para el último momento la ceremonia de dejar en servicio los primeros cinco bancos, de espléndida presencia ante el desolado entorno, recién instalados, que consistió en mojarlos con el inevitable whisky de contrabando. Estaban presente media docena de los vecinos más representativos y naturalmente Basilio, con el contraamaestre y el motorista, que me habían acompañado en el paseo marítimo. El practicante, natural de Santa Marta, fue el catalizador de las pocas pero sentidas palabras que no esperaba escuchar. El otro blanco, Fernández, de unos 35 años, asiduo lector de libros y revistas, hizo la semblanza de lo realizado y lo que podría significar. Me sorprendió su visión realista apuntada con la palabras justas, sin repeticiones. Fue Basilio quien compendió el acto, un tanto emotivo, con su voz franca y amistosa (mediaba entre nosotros algunos cabritos asados y proporcionado número de botellas de whisky, tras larga temporada) que daba a su piel morena, ligeramente picada de viruela, cierta claridad, acaso por su facilidad en sonreír mostrando la blanca dentadura. "Todo esto, como sabemos, lo ha hecho el capitán Trujillo, con desinterés, pues no se ha llevado nada, ni una india". Así era, ciertamente, y creo que no podía decir nada más. Me llevaba sólo sueños.

Han pasado casi treinta años y quiero manifestar el sentimiento de aquel período, el más memorable y significativo de mi vida americana. Jamás he vuelto a sentir la emoción de aquellos momentos, a revivir la sensación de plenitud que tuve cuando arrodillado planté, en una tarde inolvidable, los primeros árboles del parque que, estoy seguro, continuará en el lugar, dando validez a mi empeño. Grato, inolvidable recuerdo de una historia que, a veces, me parece imaginada.

VINICIO MARCOS TRUJILLO

NOTA:

- (1). En esta zona del país sitúa García Márquez el desarrollo de su novela "Cien años de soledad".